

# Ciencias naturales

## Linné, zoólogo

ANGEL CABRERA

*NACIDO EN MADRID EN 1879, el doctor Angel Cabrera se graduó en la facultad de Filosofía y Letras de Madrid en 1900. Es argentino naturalizado. Por más de veinte años ha sido profesor de paleontología en la facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata. Posee renombre mundial como zoólogo, especialidad que dictó en la facultad de Veterinaria de Buenos Aires. Es miembro de diversas instituciones científicas: Comisión Internacional de Nomenclatura Zoológica, Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, American Society of Mammalogists, American Geographie Society, Sociedad de Historia Natural de Boston, Academia de Ciencias Naturales de Chile, etc. Obtuvo (en col. con Jose Yespes) el "Premio Nacional de Ciencias" (1940-1942) por la obra MAMÍFEROS SUDAMERICANOS. Su bibliografía es copiosa: FAUNA IBÉRICA: MAMÍFEROS (1914) LOS ANIMALES ARTÍFICES (1921), ZOOLOGÍA (1938) y CABALLOS DE AMÉRICA (1945), entre otros valiosos libros.*

**D**ESDE los días, ya lejanos, en que yo comenzaba a sentirme incluído entre los curiosos de las cosas de la naturaleza, he oído muchas veces definir de dos maneras muy distintas al naturalista perfecto o, si se prefiere otro calificativo menos riguroso, al naturalista completo. Según una definición, habría que considerar como tal al estudioso versado en el conocimiento de los tres reinos de la naturaleza, al que estuviera capacitado lo mismo para escribir una memoria sobre vulcanismo, que una monografía sobre el aparato digestivo de las holoturias o acerca de la respiración de las plantas acuáticas. De acuerdo con la otra definición, naturalista completo sería aquél que, en vez de limitarse al trabajo de laboratorio (naturalista de gabinete, decíase en mis mocedades), saliera al campo, se aventurara en los desiertos y las montañas, y aún emprendiera largos viajes, a través de los mares, para observar la naturaleza directamente y obtener personalmente en ella los materiales para sus estudios. A medida que

ha transcurrido tiempo, la primera definición ha venido perdiendo su valor. Como lo dijo muy atinadamente Cajal, el hombre de ciencia enciclopedista era posible en los días de Leibnitz y de Descartes, por la natural limitación de los conocimientos en su época; hoy, el campo de las ciencias naturales, como el de cualesquiera otras ciencias, es tan vasto, que la especialización se impone. “A ella —añadía el ilustre histólogo— nos obligan el tiempo extraordinario exigido por el ensayo y dominio de los métodos diariamente descubiertos, la riqueza extraordinaria de la producción bibliográfica y el considerable número de sabios que simultáneamente trabajan sobre cada tema de estudio”. Por el contrario, la segunda definición del naturalista completo gana en exactitud de día en día. Actualmente, la rapidez con que se recorre la superficie del globo, la facilidad de los modernos medios de transporte y el perfeccionamiento de los métodos de investigación en campaña restan toda excusa a quien pretende hacer historia natural desde la mesa de trabajo o la biblioteca, y el naturalista de gabinete, aunque tal vez llega a deslumbrar a los ignorantes, a los ojos de los verdaderos naturalistas nunca pasa de la categoría de pinche de laboratorio.

Pero en el siglo XVIII, y aun en los comienzos del XIX, valían por igual ambas definiciones, y hubo hombres, bien que muy contados, que atinaron a satisfacer las dos. Uno de estos hombre fué Carl von Linné.<sup>1</sup> Nadie sería osado de tildar a Linné de naturalista de gabinete; desde mozo, fué en el campo donde principalmente se manifestó su amor a la naturaleza, y luego, ya maestro de renombre universal,

1 Carl von Linné —aunque más difundido es su nombre español: Carlos de Linneo— nació en Rashult (Suecia) el 23 de mayo de 1707. Se han cumplido, pues, 250 años de esa fecha, aniversario que fué recordado con una exposición iconográfica y un acto académico en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata. Linneo fué esencialmente botánico y como tal su obra es generalmente más conocida. Se graduó de médico en Holanda y a partir de 1738 ejerció durante algunos años en Estocolmo. En 1741 obtuvo una cátedra de medicina en la Universidad de Upsala, que al año siguiente cambió por la de botánica, su gran pasión. Desde entonces se dedicó a la enseñanza, para la que poseía singulares dotes, concurriendo a escuchar sus lecciones oyentes de todo el mundo. En 1761 le fué conferida, por sus extraordinarios merecimientos y su fama, una distinción nobiliaria y desde entonces usó el nombre de *von Linné* en lugar del de *Linnaeus* que había llevado hasta ese momento. Caracterizó de manera cuidadosa especies, géneros, órdenes y clases, dando una forma enteramente nueva —en un lenguaje científico claro y preciso— a la botánica descriptiva. Murió en Upsala en 1778. (N. de la D.).

sus excursiones en compañía de sus discípulos se hicieron famosas, hasta el extremo de mirarse como de buen tono el tomar parte en ellas; y si a hablar vamos de viajes largos o peligrosos, pensemos que una expedición científica a Laponia, sobre todo en las condiciones en que Linné hizo la suya, era en su tiempo algo más serio que lo es hoy un viaje a la Antártida o a través del Sahara. En cuanto a la universalidad de los conocimientos de Linné, ella era más que suficiente para que también desde este punto de vista reconozcamos en él al naturalista completo. Claro está que Linné fué, sobre todo y ante todo, botánico. No me toca a mí hablar de él bajo este aspecto, ni yo acertaría a hacerlo. Por otra parte, él mismo nos lo está diciendo desde sus múltiples retratos. Así el joven sabio de colorada chupa y chaleco abierto al desgaire, como el profesor ya maduro que, no obstante el peso de los años y de su casacón color de castaña, nos mira con sonrisa entre benévola y satisfecha, sostiene delicadamente entre sus dedos el símbolo, a la vez que de su nombre, de su afición predilecta: la modesta florecilla de la *Linnea*. Sí, Linné era botánico, pero no perdamos de vista que a la vez fué un excelente profesor de mineralogía ni olvidemos, sobre todo, que los zoólogos le debemos dos cosas sin las cuales estaríamos probablemente estudiando todavía el reino animal como se estudiaba en los tiempos de Aristóteles, de Plinio o de Aldrovando: le debemos, sencillamente, la taxonomía y la nomenclatura.

Si hemos de decir las cosas como en realidad son, hay que decir que ni la clasificación de los animales ni la nomenclatura binaria fueron inventos de Linné, tomando el término "invento" en su sentido más estricto. Todos los grandes inventos han tenido sus precursores, lo que no les resta mérito. No voy a sacar a colación aquello de los animales puros y los animales impuros del *Levítico*, ni tampoco lo de los animales con sangre y los animales sin sangre de la clasificación aristotélica; pero es innegable que ya en la segunda mitad del siglo XVI hubo quien se preocupó de poner remedio al caos de los conocimientos zoológicos, que con el inglés Wotton surgen entonces indicios de algo que se asemeja mucho a la moderna taxonomía, y que en la siguiente centuria su compatriota John Ray, en su clásica *SYNOPSIS METHODICA* de los cuadrúpedos y de las serpientes, establece una a modo de clasificación jerárquica, sobre la base de caracteres morfológicos, que tiene poco que envidiar a las claves de muchos autores

de nuestros días, y en la que incluso aparecen términos, tales como “ungulata” y “unguiculata”, que han perdurado en la zoología sistemática. No sería necesaria mucha perspicacia para descubrir que en el SYSTEMA NATURAE linneano hay una fuerte dosis del espíritu de Ray. Ni remotamente cabe hablar de imitación aunque sí de inspiración. Linné, en cuanto a taxonomía zoológica, es original, y su originalidad estriba en que, desde la primera edición de su obra inmortal (1735), hizo una clasificación más científica, menos convencional, tratando de establecer una jerarquía de acuerdo con la importancia relativa de los caracteres y deduciendo de éstos las relaciones de parentesco entre los diversos tipos animales.

Tal vez la consecuencia más importante que ello tuvo fué la inclusión del hombre no sólo entre los animales y junto a los demás mamíferos, entonces todavía denominados cuadrúpedos, sino en el mismo orden que los monos, bajo el nombre de *Anthropomorpha*. Piénsese lo que esto significa en una época en que apenas es posible descubrir algún vislumbre de teoría evolucionista, cuando todavía falta más de un siglo para que parta de Inglaterra el “Beagle” llevando a bordo otro genio llamado a revolucionar el mundo científico con sus ideas acerca de nuestro origen. Si por un momento pudiéramos retroceder a aquellos días, nos explicaríamos el enojo de Daubenton cuando ve al hombre colocado inmediatamente bajo la denominación de cuadrúpedos. “¡Qué extraño lugar para el hombre!, —exclama el gran anatómico francés—. ¡Qué falso método, que pone al hombre en el rango de las bestias de cuatro pies! Pese a sus dientes, a su pelo, a sus mamas, a que sus hijos nacen vivos, es lo cierto que el hombre, por su naturaleza, no puede ser confundido con ninguna especie animal, y por tanto no se le puede incluir en la clase de los cuadrúpedos ni comprenderlo en el mismo orden que a los monos”. Y poco más tarde, el distinguido naturalista británico Thomas Pennant se jacta de no contarse entre los admiradores del ilustre sueco “porque mi vanidad —dice— no me consiente situar al hombre junto a los monos y los lémures, que son los compañeros que en su SYSTEMA se nos asignan”. Cien años después, sin embargo, los hombres de ciencia más eminentes dan la razón a Linné. ¿Qué digo, cien años después? Ya en 1798, nada menos que Cuvier, antievolucionista declarado, incluye definitivamente la es-

pecie humana entre los mamíferos, bien que formando con ella un orden particular.

Hay que convenir en que, algunas veces, Linné se dejó llevar más por aparentes analogías que por diferencias evidentes; así, reparando acaso en la fisonomía y las costumbres arborícolas del "perico ligero", lo colocó entre los mencionados *Anthropomorpha* (mono oso, *Arctopithecus*, lo había denominado Conrad Gesner dos siglos antes); y así también en los insectos, que clasificó atendiendo sobre todo a sus alas, hizo del orden *Aptera*, en que éstas faltaban, un verdadero cajón de sastre en el que metió no sólo las chinches y los piojos, sino también los ciempiés, las arañas y hasta los cangrejos y los camarones. Pero uno de los grandes méritos de quien era tan rico en ellos fué el de reconocer sus errores. A partir de aquella primera edición del SYSTEMA NATURAE, parece como si una de sus principales preocupaciones fuese su clasificación zoológica. Sigue siendo botánico, es cierto, pero al mismo tiempo trata sin descanso constantemente, de mejorar su labor como zoólogo; el SYSTEMA NATURAE, de simple folleto de una docena de páginas, al llegar a la décima edición, veintitrés años más tarde, se ha convertido en un libro de más de dos mil. El sabio ha retocado su propia producción, la ha limado, la ha pulido, se ha esforzado en hacer algo perfecto, algo que justifique la mística invocación con que la encabeza, y su esfuerzo continúa en las dos ediciones que siguen, únicas ya que aparecen durante su vida. ¿El resultado? Convengamos en que no siempre fué feliz. El "perico ligero" fué separado de los monos y del hombre, pero para clasificarlo junto al elefante y el manatí, y en cambio, al lado de aquéllos se colocó a los murciélagos, con lo que el nombre *Anthropomorpha* resultó inadecuado y hubo que sustituirlo por *Primates*, denominación que ha llegado hasta la taxonomía moderna. Por lo que toca a los mamíferos, como ha dicho muy acertadamente Gregory, la clasificación definitiva de Linné, en general, aunque más detallada que la de 1735, es menos natural. Algo parecido se podría decir de otros grupos. Los ortópteros, por ejemplo, que en 1735 figuraban entre los coleópteros por su primer par de alas quitinizado y su boca masticadora, en 1767 aparecen entre los hemípteros. El más grave delito de Linné como zoólogo, sin embargo, consiste en la inclusión entre los reptiles, o anfibios, como él los denominaba, de los peces cartilagosos, bajo el nombre de *Amphibia nantes*; delito que aún

agravó más en su undécima edición al agregar al mismo grupo los que hoy llamamos plectognatos y otros peces afines. Mas no hay que ser demasiado severos con el gran naturalista. No se trata, no, de uno de esos casos en que el buen Homero se queda dormido. Lo que hay es que, como él mismo lo declaró, su clasificación se basaba en la errónea interpretación de la anatomía de un *Diodon*, que por encargo suyo hizo en la Carolina un doctor Gardner, a quien, en fin de cuentas, habría que hacer responsable del desatino. El autor de un libro científico, sobre todo el de un obra de conjunto como el *SYSTEMA NATURAE*, precisa muchas veces valerse de colaboradores, y ello era tanto más necesario en los días de Linné, cuando no era cosa baladí trasladarse de un país a otro o enviar materiales de estudio. Había que ser un poco liberal con el testimonio ajeno, y Linné lo fué siempre. De otro modo, su *SYSTEMA NATURAE* nunca habría pasado de las doce páginas primitivas. En efecto, fuera de las especies de su patria, a las que consagró una obra aparte (*FAUNA SUECICA*), de algunos insectos, principalmente lepidópteros, y de los no muy numerosos ejemplares conservados en el Museo del príncipe Adolfo Federico, los animales que en el *SYSTEMA* aparecen éranle conocidos sólo a través de otros autores, como honestamente lo hizo constar en cada caso, y más de una vez, de una información defectuosa nacieron errores que no sería justo imputarle a él. De ahí nacieron también las que se ha dado en llamar especies compuestas, es decir, especies basadas en las descripciones que otros autores hicieron de animales distintos, creyendo hablar del mismo animal, de lo que tenemos un ejemplo en *Felis pardus*, establecido por una parte sobre el leopardo de Egipto descrito por Próspero Alpino, y por otra sobre el yaguar de México visto por Francisco Hernández.

Estos pecadillos no significan nada junto a los muchos aciertos que en la taxonomía linneana encontramos. Uno de los más notables consiste en la designación de las diversas categorías superiores a la especie (los distintos taxa, que diríamos hoy) por una palabra, y no por una frase explicativa, como lo venían haciendo sus predecesores. La frase denominadora deja así su lugar a un nombre y pasa a ser una definición abreviada, una diagnosis. Cuando yo era estudiante, parecía ser de rigor entre los profesores de zoología el hacer el elogio de las diagnosis linneanas, como modelos de concisión, elegancia y exac-

titud; modelos que se nos aconsejaba imitar en nuestros futuros trabajos. A decir verdad, por lo menos en lo que atañe a las especies, y sin duda fiado en la utilidad de sus propias citas bibliográficas, Linné no cuidó mucho las tales diagnosis, a veces de un laconismo desconcertante, como la de la llama (“*Camelus dorso laevi, topho nullo*”), y a veces cuajadas de detalles innecesarios, no siempre ciertos, como la del perro, con todo aquello de la cola enroscada hacia el lado izquierdo, etc.

Todavía más descuidado fué en cuanto a las localidades; para él, cualquier animal exótico era de las Indias, y aún más concretamente, de la India. La cebra, el *Rhinoceros bicornis* y el *Dasypus septemcinctus* resultarían así indígenas de la India, mientras que, por otra parte, el camello de dos jibas sería de Africa, y el bisonte europeo de Africa y de Asia.

Tales defectos, naturales en la época de Linné, y que todavía se encuentran en autores muy posteriores, en nada merman la importancia trascendental del *SYSTEMA NATURAE*, especialmente de la décima edición, en la que hay méritos sobradamente compensatorios. Para no fatigar con una prolija enumeración, sólo mencionaré dos: la aplicación a los animales de la nomenclatura binaria, de que en seguida he de ocuparme, y el acierto que supone el destacar, en los hasta entonces denominados cuadrúpedos vivíparos, el carácter más general y que más netamente los distingue de todos los demás animales, la presencia de glándulas mamarias en sus hembras. Esto último lleva a Linné, por un lado, a idear una palabra nueva: *Mammalia*, derivada de *mamma*, como *animalia* se deriva de *anima*; y por otro lado, a romper con una tradición secular reuniendo con los tales *Mammalia* a los cetáceos, hasta entonces tenidos por peces.

Como no podía menos de ocurrir, edición tras edición de la obra cumbre de Linné fueron recibidas con general aplauso por el mundo científico de su tiempo. Es decir, no tan general. Como tampoco podía menos de ocurrir, Linné tuvo sus detractores. ¿Y que genio no los tuvo? Y como también ocurre siempre, fueron ellos los menos calificados para la crítica. Los más encarnizados fueron Jakobus Theodorus Klein y el conde de Buffon. Antes de que apareciese la décima edición del *SYSTEMA*, Klein escribió sobre cuadrúpedos, sobre peces y sobre serpientes, y no perdonó ocasión para arremeter en forma virulenta con-

tra el sabio sueco. Bueno, Klein arremetió por igual contra todos los naturalistas de su tiempo; cabe suponer en él un complejo peculiar, algo así como un deseo de contrarrestar el efecto de su apellido; y es divertido ver como el naturalista germánico expresaba sus "grandes dudas" acerca de la clasificación de Linné, tan luego él, que había clasificado los cuadrúpedos por el número de dedos, reuniendo en una misma familia los monos, los osos, las liebres y las musarañas, y que entre las serpientes había incluido las lombrices de tierra, las tenias y las sanguijuelas.

En cuanto a Buffon, el insigne y nunca bastante alabado divulgador de la historia natural, se cebó con verdadero encarnizamiento así en la clasificación zoológica de Linné como en su método de exposición. ¡Ese profesor de Upsala, que escribe en latín! ¡Mire usted que tener que andar contando los dientes de los animales para poderlos clasificar! ¿Y a quién se le ocurre colocar a animales tan mansos como el perro y el gato en el mismo orden que al tigre o al lobo, modelos de ferocidad? No, la clasificación hay que hacerla de acuerdo con el sentido común, como la hace él: primero los animales domésticos, el caballo, el perro, la vaca; luego, los que viven en el país de uno, y sobre todo los que viven en el parque de su castillo de Montbard, como la rata y la ardilla; y por último los cuadrúpedos de otros países. Y lo mismo con las aves, los reptiles o los insectos. La inquina del conde de Buffon contra el profesor de Upsala se extiende a sus discípulos; por ejemplo, a Frederik Hasselquist, muerto en la flor de la edad en Oriente, adonde Linné lo envió a estudiar en plena naturaleza. La minuciosa descripción de la jirafa por Hasselquist, que, salvo estar en latín, parecería hecha por zoólogo de nuestros días, saca a Buffon de quicio. ¿A quién diablos le interesa que la jirafa tenga la piel con manchas, los cuernos cilíndricos, o una crin erecta en el cuello? No, no; hay que prevenir a los jóvenes naturalistas que van a lejanas tierras para que no nos fastidien luego, como los discípulos de Linné, con todo ese fárrago de detalles inútiles. En los animales, lo que importa es su aspecto general, su índole y si son útiles o feroces. Hay que describirlos como los describe él, Buffon; como describe al tigre, por ejemplo, pintándonos sus "yeux hagards", su "langue couleur de sang", su fisonomía toda, reveladora "de la base méchanceté et de l'insatiable cruenté", rasgos que él, sin moverse de París, ha podido



reconocer en una piel de tigre, empajada, que hay en el "Cabinet du Roi", con sus ojos de vidrio y todo.

Si los panegiristas de Linné necesitasen alguna prueba de su elevado espíritu, tienen una bien manifiesta en su constante silencio ante las críticas de estos infamadores. Se limitó a no mencionarlos jamás. "La única venganza digna de un verdadero sabio", escribía años después uno de sus innumerables admiradores. Por lo demás, las más duras diatribas no pudieron impedir que las ideas taxonómicas de Linné triunfasen, hasta tal punto, que su influencia ha llegado hasta nosotros. Claro está que su clasificación zoológica apenas tiene ya otro valor que el puramente histórico, pero seguimos usando su método jerárquico y no el semiutilitario, semigeográfico, propugnado por la escuela de Buffon y Daubenton; ciertas categorías se denominan aún como él las denominó (clase, orden, género), y todavía no hemos llegado a prescindir por completo del arquetipo morfológico. En realidad, después de Linné, la única modificación trascendental en zología sistemática, el único perfeccionamiento revolucionario, por decirlo así, ha sido la utilización preferente del dato filogenético, del cual, claro es, no había la menor idea en su época, cuando la paleontología estaba en su primera infancia. Se ha procurado luego, y se sigue procurando, llegar a la clasificación natural siguiendo el camino de la vinculación genealógica más bien que el del parecido morfológico. Así y todo, se me ocurre que no estaría de más detenernos alguna vez a pensar donde hay realmente más perfección, si en las conclusiones derivadas de los caracteres, que son algo actual, visible y tangible, o en las que se sacan de relaciones en muchos casos hipotéticas, o cuando menos discutibles y a veces deleznable ante el impacto de nuevos descubrimientos.

Dije antes, y para ningún zoólogo es cosa nueva, que otro gran mérito de la décima edición del *SYSTEMA NATURAE* consistió en la aplicación a los animales de la nomenclatura binaria, que con tanto éxito venía empleando el autor para las plantas. Ya en ediciones anteriores se encuentran intentos de tan notable innovación, y aún se los puede descubrir en algunos autores del siglo XVII; *Satyrus Indicus* denominó Claes Pieterszoon Tulp en 1641 al orangután, y en Ray hallamos nombres como *Ovis domestica*, *Ovis laticauda*; pero estos binomios constituyen casos esporádicos, meras combinaciones casuales de un sus-

tantivo y un adjetivo; como un todo orgánico, como un procedimiento zoonímico formal, la nomenclatura binaria (nombre de género, nombre de especie) es enteramente linneana y data, en zoología, de la edición del *SYSTEMA NATURAE* de 1758. Sobre este punto no cabe duda de ninguna clase. Para mí, dicho sea de paso, tampoco cabe duda de que, si Linné pudiera levantar la cabeza, se llevaría a ella las manos, horrorizado al ver hasta dónde han llevado los zoólogos modernos lo que él ideara como útil auxiliar de trabajo; al ver, repito, la cantidad de papel, de tinta y de tiempo invertida en acumular reglas, excepciones a las reglas, correcciones, recomendaciones, opiniones y declaraciones; al ver cómo se afirma hoy una cosa para sostener mañana lo contrario, y cómo, después de luchar durante un siglo por dar a las reglas de la nomenclatura una base sólida, se dedican diez años a proclamar que por encima de todas las reglas está el uso, por no decir el gusto o la conveniencia personal.

La nomenclatura linneana también tuvo sus críticos y sus enemigos desde el primer momento. Muchos zoólogos (Frisch fué uno de entre ellos) se resistieron a emplearla, o simplemente no la tuvieron en cuenta; otros, la ridiculizaron sin empacho. Vicq d' Azyr, en su discurso de ingreso en la Academia Francesa, acusa a "le savant d' Upsal" de haber dado a los animales nombres sacados de su magín; y lo más divertido es que lo dice justamente al hacer una comparación con Buffon, quien empleaba, naturalmente, nombre franceses, pero al mismo tiempo hacía gala de su inventiva con denominaciones tales como "cuguar", "phalanger", "tarsier" o "coquallin". Todavía quedan hombres de ciencia, o que por tales pasan, que sonríen cuando oyen nombrar algún animal con su denominación técnica. "Muchos biólogos, y aún algunos taxonomistas —ha escrito Simpson— parecen envanecerse, en lugar de avergonzarse, de su ignorancia de los principios de la nomenclatura zoológica. Estos mismos sujetos se apresurarían a condenar cualquier solecismo en el uso de sus lenguas natales, y ocurre que la nomenclatura es la gramática y el vocabulario de la zoología". Ha habido asimismo, y todavía hay, quienes sin criticar la nomenclatura linneana la han perjudicado seriamente por no entender su mecanismo e incurrir, al querer utilizarla, en un galimatías ininteligible; algo así como quien por ignorancia, y sin mala intención, al escribir estropea el vocabulario o falta a las reglas gramaticales.

## CIENCIAS NATURALES

Una de las tareas más difíciles, a la par que más ingratas, de la Comisión Internacional de Nomenclatura Zoológica es la de revisar la literatura científica postlinneana, para llevar al *Index* aquellas obras que, ya por menospreciar la zoonimia binaria, o ya por hacer de ella mal uso, no pueden ser tenidas en cuenta cuando se trata de cuestiones con ella relacionadas. La necesidad de esta tarea de limpieza, y todavía más la existencia misma de la citada Comisión, que se inició con cinco miembros y ha crecido hasta contar con veinticinco, demuestran que para el zoólogo la nomenclatura linneana no es ya un auxiliar útil, sino absolutamente necesario; de su enorme valor es prueba, por otra parte, el hecho de que, en dos siglos, nadie ha podido proponer otro método mejor.

Muchos son los merecimientos de Carl von Linné en el campo de la zoología; su *FAUNA SUECICA*, cuya primera edición apareció en 1746 como un pequeño volumen de 435 páginas, es indispensable a quien estudia los animales de la zona boreal; a Linné se debe la publicación póstuma de la *ICHTHYOLOGÍA* de su amigo Peter Artedi, que ningún ictiólogo digno de tal nombre debe desconocer, y su *CATALOGUE* o suplemento de la *NATURAL HISTORY* de George Edwards, con la adición de los nombres latinos, es de gran utilidad para quien consulta la clásica obra del famoso naturalista inglés. Mas para el zoólogo en general, cualquiera que sea su especialidad, es la aplicación de la nomenclatura binaria al reino animal lo que constituye uno de los mayores timbres de gloria de Linné, y aún me aventuraría a decir que el mayor de todos.